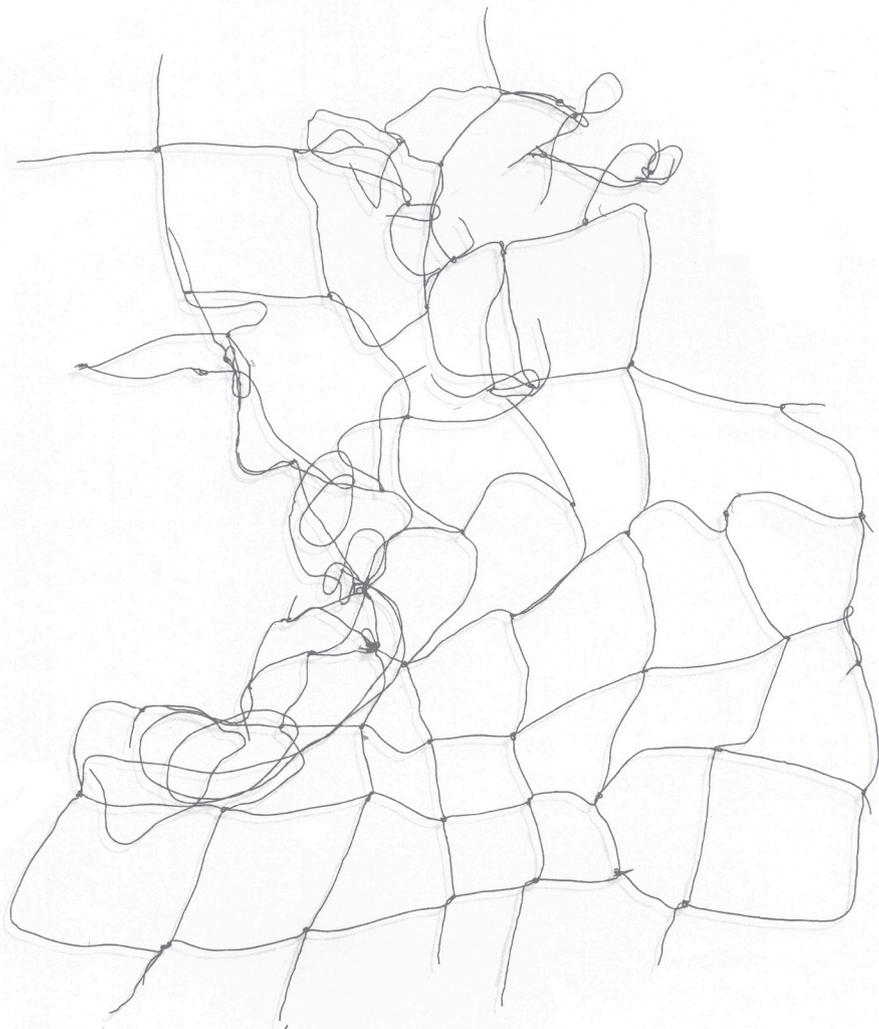


Marilynne Robinson

¿Qué hacemos aquí?



MARILYNNE ROBINSON

¿Qué hacemos aquí?

Traducción de
Vicente Campos

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Título de la edición original: *What Are We Doing Here?*
Traducción del inglés: Vicente Campos González

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2020

© Marilynne Robinson, 2018
© de la traducción: Vicente Campos, 2020
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: María García
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 7132-2020
ISBN: 978-84-17971-74-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*James y Megan
Joseph y Katherine
Beatrice y Theodore*

Los más cercanos y queridos

Índice

Prefacio	9
¿Qué es la libertad de conciencia?	17
¿Qué hacemos aquí?	31
Teología para este momento	49
Lo sagrado, lo humano	63
Lo divino	81
El erudito americano en la actualidad	93
Gracia y belleza	113
Una prueba, un test, una instrucción	127
Lo bello cambia	139
Nuestro debate público: cómo América habla de sí misma	147
Mente, conciencia, alma	193
Consideraciones sobre las virtudes teológicas	215
La integridad y la tradición intelectual moderna	263
Viejas almas, Nuevo Mundo	279
Difamación	301
Agradecimientos	319

Prefacio

Este libro es en su mayor parte una recopilación de conferencias que he impartido en iglesias, seminarios y universidades a lo largo de años recientes. La mayoría recoge preocupaciones fundamentales que, en mi opinión, son apremiantes y surgen de la forma en que pensamos. Sé que es una convención afirmar que nosotros, los estadounidenses, estamos radicalmente divididos, polarizados. Pero eso es tan verdad como lo contrario: en sentidos esenciales compartimos presuposiciones falsas y conclusiones defectuosas que no se examinan nunca a fondo porque todos las asumimos sin cuestionar.

En buena medida es culpa de la cultura de nuestra cultura intelectual. Me duele decirlo. Se trata de personas con las que me identifico, de las que he aprendido y a las que desearía admirar sinceramente. Sin embargo, lo cierto es que buena parte de lo que he aprendido de ellas me ha llevado a discrepar de un libro o una conferencia y luego a reflexionar sobre las razones de mi insatisfacción con ellos. Eso queda ya patente en mis textos anteriores.

Voy a dar un ejemplo de la alarmante similitud de pensamiento que ha emergido entre nosotros a lo largo de las últimas décadas. Muchos profesores de humanidades han dado por sentado que este país fue siempre básicamente capitalista, dando a la palabra el sentido aproximado que creían que Karl Marx le daba. En el 99,5 por ciento de los casos, nunca han leído ni una página de Marx, así que no tienen ni idea de qué describía. En su época, el capitalismo era en gran medida el comercio entre las plantaciones de algodón america-

nas y las fábricas de algodón británicas, que generaba una gran riqueza en ambas partes, a la par que una pobreza inmensa, casi absoluta, entre los obreros ingleses y los esclavos americanos. Es cierto que el trabajo esclavo se utilizó también en los estados del Norte mientras estuvieron bajo dominio británico, lo que demuestra que el uso del mismo también era económicamente viable allí. No obstante, la Revolución¹ en esos estados se encargó de prohibirla.

En el Sur, se aceleró el capitalismo del algodón, inspirando sueños sobre la conquista de México y Centroamérica. El Sur era, por lo demás, una región notablemente estática. Casi carecía de centros escolares y se editaban escasas publicaciones. Creó una imagen fantástica de sí mismo en un orden atemporal, apresuradamente concebida y estructurada, del tipo que disfrutaban los acaudalados en el Viejo Mundo, muchos de los cuales compraron sus castillos y ornamentaron sus capillas con los beneficios producidos por la trata de esclavos. He escuchado, más veces de las que ya puedo contar, que el capitalismo fue una invención americana y la base de nuestro «excepcionalismo». Supuestamente era el Norte el capitalista, capaz de amedrentar al pastoral Sur porque el Norte era codicioso y agresivo, además de estar industrializado. Marx nunca dijo, ni implicó siquiera, nada por el estilo, desde luego no en sus ensayos sobre la Guerra Civil.² Como él bien sabía, la esclavitud del Sur formaba parte de una mano de obra industrial cuyo centro principal se encontraba en Inglaterra. Sus tácticas de explotación eran la codicia y la agresividad sin medida. La gran idea del Sur fue la propagación de la esclavitud y el algodón hasta California. Cualquiera que se tome la molestia de leer a Jefferson Davis no albergará la menor duda al respecto.

1. En general, la traducción sigue la terminología anglosajona para los acontecimientos políticos y bélicos británicos y estadounidenses que se citan para evitar las potenciales ambigüedades. Así la «Revolución americana» abarcaría de 1765 a 1783 o 1787 (ratificación de la Constitución), e incluiría la Guerra de la Independencia. En los casos en que se ha creído necesaria alguna aclaración, se ha añadido nota al pie. Además, se ha optado por el uso, poco recomendable por demás, de «americano» frente a «estadounidense», dado que no hay equívoco posible con el resto del continente.

2. Es decir, la Guerra de Secesión (1861-1865).

Este sinsentido es importante antes que nada porque legitima el capitalismo rapaz como primordialmente americano, la fuente de nuestros éxitos, incluidas las libertades que reconocemos. Y describe un carácter nacional formado en torno de los valores asociados con él, una generalización que tiene importantes consecuencias interpretativas: todo lo que ha sucedido en nuestra historia debería entenderse en su esencia como impulsado por el beneficio. Entre los liberales y progresistas que suscriben esta noción, que son todos, dado que tienden a creer que nosotros, como nación, carecemos de humildad, eso da lugar a un cinismo resbaladizo e irreflexivo. Entre aquellos que denominamos conservadores, a lo que da lugar es a un entusiasmo sin complejos por el egoísmo, en tanto el interés que defienda sea el suyo propio. Alienta el tipo de épica brutal celebrado en las páginas de Ayn Rand. A diestra y siniestra, ese tipo de pensamiento convierte en imaginario el desarrollo ilustrado y compasivo de la cultura de América a lo largo de siglos. Resulta chocante lo desamparados que han estado en años recientes la protección de la naturaleza, de los pobres y hasta de los derechos de los votantes. Nadie defiende que rasgos como éstos sean americanos, porque la izquierda, no más que la derecha, ya no los cuenta entre nuestros valores fundamentales. La gran maquinaria del capitalismo puede acabar con ellos, dado que eran, como mucho, subproductos y, en cualquier caso, han sido superfluos por el simple hecho de que son vulnerables y excepcionales. El egoísmo, por otro lado, es universal y constante, y fue presuntamente el motivo subyacente desde el principio para la creación de esas instituciones. Verdad es que puede requerir algunas argumentaciones enrevesadas explicar su utilidad económica original. Pero si una conclusión puede darse por cierta, no hay necesidad de preocuparse por llegar a ella mediante vías que, de otro modo, resultan dudosas.

La izquierda no entiende el pensamiento de la derecha porque se encuentra demasiado cerca de ella para tener una visión clara de la misma. En sentidos muy importantes, la izquierda lo ha alimentado y racionalizado, descuidando y distorsionando la historia en el proceso y de ese modo eliminando las potenciales correcciones. Es fácil contar a un aula llena de chicos de dieciocho años que, a su debido tiempo, los rendimientos de la mano de obra libre capitalista ha-

brían eliminado la esclavitud. De manera que la Mano Invisible habría sido el verdadero libertador si los idealistas se hubieran limitado a dar un paso atrás y dejarla a ella hacer su trabajo. Supuestamente, éste es el tipo de noción que el presidente Donald J. Trump tenía en la cabeza cuando dijo que la Guerra Civil podía y debía haberse evitado. Podría haberla aprendido de la extrema derecha, pero también podría proceder de fuentes más respetables. Una vez más, nada en el pensamiento o las aspiraciones de Jefferson Davis sugiere que previera nada que no fuera una vasta expansión de la esclavitud por el continente americano. Un Sur desenfrenado habría llevado la catástrofe mucho más allá de nuestras fronteras. ¿Me atreveré a mencionar la guerra con México? Podemos suponer que los abolicionistas eran ingenuos al no dejar la historia en las manos poco amables de las fuerzas económicas, o que tenían intereses mercenarios mayores que el ponerse a la altura de la inmensa riqueza generada por la esclavitud. O podemos asumir que atendieron las voces del Sur y supieron por ellas cuán importante era lo que estaba en juego. Pero ¿para qué molestarse con el contexto? Con todo, incluso después de tantos años, parece todavía un atrevimiento y una provocación arrasar el paisaje histórico y abordar equivalencias morales.

Hemos rendido el pensamiento a la ideología. Toda pregunta es, en la práctica, la misma pregunta; toda respuesta, la misma respuesta. ¿Por qué alguien ha hecho algo? Por egoísmo. Y eso, que es aplicable a la especie entera, es más rotundamente cierto en el caso de los americanos. ¿Dónde quedan en todo esto la sabiduría, el valor, la generosidad, la dignidad personal? Pensar en esos términos es una ingenuidad. Esas cualidades son siempre aparentes, nunca determinantes. Sostener que nosotros, en tanto comunidad nacional, nos hemos aprovechado de ellas, que hay individuos que de hecho han tenido en cuenta el bienestar general de vez en cuando y lo han procurado, han actuado guiados por él, es deslizarse hacia un desvergonzado nacionalismo. La derecha se siente más cómoda viéndose eximida de esos ideales, unos estándares que se han invocado, históricamente, para mitigar los impulsos más desagradables, en espe-

cial, la avaricia. La izquierda no puede dar cuenta de las virtudes cívicas en términos teóricos o ideológicos y se siente incómoda hablando de ellas en términos religiosos. Y eso es todavía más así porque la derecha ha convertido el lenguaje religioso en tóxico al darle usos que ofenden la generosidad y la dignidad. Tal vez, lo peor del pensamiento ideológico es que implica que existe una estructura en y detrás de los acontecimientos, una historia que es reiterativa, con variaciones que no pueden, en última instancia, cambiar el curso de las cosas y son por tanto siempre triviales, sin importar el mucho pensamiento o trabajo que se les haya dedicado para que se produjeran. La noción de una igualdad duradera pese a las diferencias superficiales puede tener consecuencias que resulten hilarantes y espantosas, como cuando en un aula llena de profesores, llegados de todos los rincones del mundo para compartir sus ideas, todos se identifican con absoluta seriedad como esclavos asalariados porque todos dependen de sus sueldos. La otra cara de la noción es el permiso que concede el concepto de guerra de clases a la gente de la derecha que se considera triunfadora y, por tanto, asediada. Pueden oponerse a los argumentos a favor de la justicia económica como si fueran amenazas existenciales, el mar de fondo de los quejidos del resentimiento que, si se ponen en práctica, les privarán de sus trofeos. Mientras tanto, los trabajadores reales americanos no tienen espacio en esa conversación. Si llegan a identificarse en algún sentido con ella, sólo es para negarse a pensar en sí mismos como una clase explotada y en su disposición a identificarse con el éxito y el poder. Algo que es perfectamente comprensible dada la alternativa, y dado el recuerdo –reciente para muchos de ellos– de tiempos en los que podían dar por sentado un trabajo compensado con cierta justicia, con todo lo que eso implica para la libertad personal y la movilidad social.

No es accidental que el marxismo y el darwinismo social surgieran a la vez, como dos narradores de un único cuento. No es sorprendente que se hayan desacreditado de formas muy similares. Su supervivencia de más de ciento cincuenta años probablemente se deba a la simetría de su supuesta rivalidad. Basándose en único paradigma, se refuerzan mutuamente como formas legítimas de pensamiento. Y lo mismo ocurre con nuestra izquierda y nuestra

derecha contemporáneas. Entre ellas damos vueltas en un torbellino de absoluta fatuidad.

Lo digo porque soy demasiado mayor para medir las palabras. En nuestra supuesta oposición hemos hecho lo imposible para convertir la clase social en real, es decir, para despojar a la gente de sus oportunidades. Históricamente, la educación ha sido la avenida por la que los americanos han accedido a la gama de posibilidades que se ajustaba a sus talentos. Nosotros hemos colocado la educación superior más fuera del alcance de la gente con ingresos bajos al recortar impuestos y provocar la subida de las matrículas. Y atacamos la enseñanza secundaria pública. Hemos convertido en un problema los orígenes familiares para el acceso a la universidad, cuando el hecho es que cualquiera que haya prestado una atención razonable en un instituto de secundaria decente lo hará bien en la universidad. A no ser que el joven o la joven tenga que pluriemplearse para poder pagarla, claro. Llevo muchos años enseñando en un programa muy selectivo que atrae a estudiantes de todos los orígenes. No hay la menor prueba de que aquellos cuya educación sería denominada «de élite» cuenten con la menor ventaja. Nuestros prejuicios están grabándose en nuestras instituciones y por tanto en las vidas de todos nosotros. La disposición a dejarnos llevar por el pensamiento ideológico —es decir, un pensamiento que por definición no es el propio, que está ciego a la experiencia y a las contradicciones que surgen cuando se consultan esferas más amplias del conocimiento— supone una capitulación que nunca debería asumir nadie. Es una traición a nuestras mentes portentosas y a todos los espléndidos recursos que nuestra cultura ha preparado para lo usen.

¿QUÉ HACEMOS AQUÍ?